



Fotografía cedida por Richard Hodges, Granada, junio del 2006

RICCARDO FRANCOVICH: UNA AVENTURA HUMANA NO CLAUDICANTE

"La única posibilidad del hombre es agarrarse a la actividad que más ama y convertirla en un instrumento de lucha para cambiar el mundo"

James Baldwin, 1984

El inicio del pasado mes de abril sacudió a la arqueología europea con la muerte, defendiendo el patrimonio histórico, de Riccardo Francovich. Personaje fundamental para entender la arqueología medieval de nuestro continente, impulsó desde ella una teorización y aplicación práctica sobre la puesta en valor y la función social del patrimonio. Hizo de la Universidad de Siena un referente y un modelo a partir de una concepción de la arqueología y patrimonio, un punto de encuentro y debate interdisciplinar. Fundó revistas como *Archeologia Medievale* referente no sólo de la arqueología medieval europea, sino de una forma de concebir la arqueología como el estudio de espacios históricos socialmente concebidos, y *Archeologia e Calcolatori*, siendo uno de los primeros que entendió la transcendencia que la aplicación de las Nuevas Tecnologías de la Información tenían en el campo del patrimonio histórico. Preocupado por incidir en la función social de la arqueología impulsó

los aspectos pedagógicos de ésta a través de la creación de un sistema de parques arqueológicos en Toscana que, en estos tiempos de eclosión y peligrosa banalización de esta figura, se alza como un esencial modelo formativo sobre nuestra Memoria y como un proyecto al servicio del disfrute ciudadano.

Conocí a Riccardo el año 1983 cuando coincidimos en Toledo con motivo del *Congreso Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo Occidental*. Le abordé en una cafetería, durante un receso de las largas sesiones, mientras saboreaba un fino jerezano y también sus primeras vivencias en España. Coincidimos y hablamos en numerosas ocasiones en aquellos días y lejos estaba yo de suponer que en esos encuentros se sentaron las bases de una entrañable amistad. Conservo muchos recuerdos de aquellos días, pero quizás una de las cosas que más me llamó la atención desde el principio de él fue su mirada. Riccardo era una persona que miraba de frente, sin miradas esquinadas, torvas, sin dobleces. Esa mirada sincera, transparente, que podía ser incisiva, sibilina, ingenua o entrañable, era toda una declaración de su firme personalidad. Y eso siempre lo aprecié de Riccardo, que miraba de frente.

Pero también recuerdo de aquellos días la ilusión de Riccardo por haber podido cumplir, por fin, su viejo sueño de viajar a España, una vez recuperadas las libertades, en un país, el nuestro, que formaba parte de su memoria. Porque Riccardo Francovich era una persona profundamente apasionada por España ya desde su infancia, en un entorno familiar uno de cuyos referentes éticos fue el apoyo a la lucha por la libertad al lado de la República en la Guerra Civil española. También desde sus años universitarios cuando escribía octavillas, que se insertaban en los libros de instrucciones de las máquinas Olivetti destinadas a España, en las que se animaba a la resistencia y lucha por la recuperación de las libertades en nuestro país.

De aquellos días toledanos, quiero rememorar la agradable sorpresa que le produjo a Riccardo la masiva presencia de jóvenes españoles, recién salidos de las universidades, que llegábamos con nuestras ilusiones intactas y mucha fe en una aventura que para muchos podía parecer utópica y era la de dar sentido a la entonces balbuceante arqueología medieval española. Es verdad que, tiempo después, comentariamos sobre la fuerte carga empirista de aquellos trabajos nuestros, herencia en gran parte de los años especialmente oscuros para la arqueología española de la dictadura franquista. Sin embargo, esto lo comentaba Riccardo como observador de la rápida evolución de una parte considerable de esa joven arqueología medieval española que, en el giro de pocos años, había sabido incorporarse al debate europeo.

Desde entonces fue creciendo su vinculación con España, derivada de su creencia en la potencialidad y dinamismo de nuestra sociedad. De aquella época data su apoyo constante, su impulso a proyectos de investigación hispano-italianos, su acogida a jóvenes investigadores de nuestro país en Siena, la defensa e inclusión de la joven arqueología medieval española en el debate científico europeo. En la actualidad seguía compartiendo ese entusiasmo desde la convicción de que, derivado del dinamismo que él observaba en nuestra sociedad, aquí podría producirse una reflexión revitalizadora para Europa sobre el Patrimonio Histórico.

Porque en Riccardo siempre había sido una constante la preocupación sobre la percepción social de dicho Patrimonio. En numerosas ocasiones en nuestras charlas transmitía su idea de trabajar en una vía a partir de las peculiaridades del legado material de la Europa mediterránea para lo cual veía necesario estrechar vínculos entre las arqueologías medievales de nuestros dos países. Algo de ello comenzó a desarrollarse al final de la primavera de 1989, cuando coincidimos en Spoleto con Vicente Salvatierra y Antonio Malpica. Allí, en la terraza de un café, tomó cuerpo la idea de organizar unos congresos hispano-italianos de arqueología medieval. Estos, celebrados en Granada y Siena, supusieron un punto de encuentro fundamental para los profesionales que estaban trabajando en los dos países y posibilitaron el inicio de relaciones científicas y académicas que fructificaron en el desarrollo de proyectos conjuntos pero, sobre todo, proporcionaron la ocasión de iniciar relaciones de amistad entre los que participamos en ellos.

Riccardo era un amigo en todo el amplio sentido de la palabra. Podías estar en desacuerdo con él – algo arriesgado teniendo en cuenta el ímpetu y vehemencia con el que defendía sus posiciones–, criticarle, incluso enfadarte, pero en él siempre estaba presente un enorme sentido de la lealtad al amigo. Ese hondo sentido de la amistad le llevaba a preocuparse de todo lo que te podía suceder, de hecho, nunca olvidaré cuando tuve que experimentar las jerárquicas rigideces de nuestro sistema de promoción universitario y sufrir la coerción que éstas me impusieron, los ánimos que Riccardo me brindó, sus palabras, su apoyo, su solidaridad y también su asombro ante los silencios cómplices que se daban por aquí. Porque, además, Riccardo tenía desarrollado un fuerte sentido de pertenencia. De pertenencia a un grupo de gentes unidas por una forma de pensar y por unos objetivos comunes, por una voluntad de cambio y de contribuir a la mejora y transformación social. Gentes a las que Riccardo nos ofrecía su casa de Antella, en las afueras de Florencia, ese oasis dentro de un paisaje renacentista de colinas y frutales, donde se debatía a veces hasta altas horas de la noche con botellas de grappa de por medio y entre la bruma formada por el humo de las sucesivas pipas de Riccardo. Uno de los mayores placeres de esas estancias era la de gozar de la compañía de Nicoletta y Riccardo, disfrutar de la complementariedad de ese excepcional matrimonio y deleitarse con la sensibilidad, racionalidad y bagaje intelectual de Nicoletta, aprendiendo de ella sobre temas de cultura germánica, de filología, de vándalos, de literatura y sobre todo disfrutando de su ponderación, ternura y de su inigualable sentido de la hospitalidad. Una hospitalidad que te hacía sentirte *in famiglia* cuando con Lourdes y nuestras hijas los visitábamos en aquellos veranos toscanos y entonces lo importante eran las niñas, las generaciones venideras, el futuro. Así también les recuerdo el verano pasado, aquella noche de finales de julio cenando con la nueva y recién llegada protagonista, la hija de Lisa, su nieta, la esperanza.

En ese oasis hogareño, disfruté de gran parte de mis mejores momentos con Riccardo, de los más plenos, ahí se atenuaba su habitual y ya legendario ritmo frenético, y entrabas en un espacio de conversaciones relajadas pero a la vez intensas y firmes, sin concesiones. Ahí le escuché a Riccardo su amarga decepción con el derrotero que estaba experimentando la izquierda, no sólo como fruto de la desorientación y falta de renovación ideológica, sino también por las cesiones y claudicaciones de la práctica de gobierno. En esos momentos todo el bagaje de una aventura intelectual y política comprometida le hacía exclamar "*Lauro, siamo la sinistra sommersa*", una izquierda sumergida que no sólo expresaba la decepción sino también la existencia de un flujo subterráneo, de una savia que tenía que seguir alimentando los ideales de transformación social, de solidaridad, desde una firme convicción del compromiso. Era lógico que, por tanto, Riccardo defendiera la actividad cotidiana como el instrumento para cambiar la sociedad.

Y es que Riccardo era un intelectual en el sentido pleno de la palabra y en tiempos de claudicación y de cierta derrota del pensamiento supo continuar con su moral, con su compromiso ético, defendiendo la actividad

que tanto amó como un instrumento para la mejora y el progreso social. En un momento en que, desde las altas instancias gubernamentales italianas se había requerido su ayuda para colaborar desarrollando alternativas y planes ante los nuevos desafíos que la sociedad de la información proponía al campo del Patrimonio Histórico, lo fácil para él hubiera sido recoger los frutos de sus vinculaciones con el poder y callar, en línea con la mediocre mentalidad peserista que caracteriza a gran parte de nuestro entorno cultural. Sin embargo, no lo dudó ni un instante, optó por ser coherente con una trayectoria, con un compromiso vital e intelectual con su profesión y no claudicó, siguió mirando de frente.

Como consecuencia de ese insobornable compromiso cívico inició una batalla contra los proyectos urbanísticos de Fiesole que amenazaban no sólo un yacimiento arqueológico sino unos de los paisajes culturales más

bellos de Toscana y continuó con su trayectoria coherente de defensa del Patrimonio y denuncia de los abusos que contra él se cometen. Allí en Monte Ceceri, en las colinas de Fiesole, a pocos pasos de donde Leonardo experimentó y fracasó con su primera maquina voladora, Riccardo emprendió su último vuelo, esta vez fatal y que deja en el aire muchos proyectos, ilusiones, interrogantes y sobre todo una fascinante aventura humana...el testigo esta ahí y como Riccardo siempre deseó es un testigo colectivo... Muchos hemos perdido un compañero, algunos como yo mucho más un verdadero amigo. Pero en nosotros, Riccardo, tu aventura continúa...

Sirva tu compromiso ético para remover conciencias y recuperar ilusiones.

Lauro Olmo Enciso